

LA ÚLTIMA MANSIÓN DE CRISTAL

David Penalva Alarcón

En el Olimpo de todos los palacios, en una sombría ciudad llamada Limet, nos hallamos, una noche, siete de nosotros esperando la muerte venidera. Mis compañeros, presos del pánico más profundo y sintiendo el final cerca, tratan de acceder a sus memorias más tempranas para morir con el feliz recuerdo de los momentos pasados que una vez compartieron con su familia, amigos y amantes. Pero no pueden hacerlo, los rebeldes anularon toda conexión al BigData. Ahora, nosotros, seres superiores, somos condenados por el hombre de a pie a morir con nada más en nuestro pensamiento que el frío conocimiento alcanzado durante todos nuestros años de vida.

Las cortinas blancas de esta tumba alejan de nuestra vista la luna, las estrellas y las calles inundadas por un ejército de rebeldes mortales, pero el presagio y el recuerdo de la muerte no pueden ser excluidos. Hace no mucho tiempo los autoproclamados dioses, por el sencillo hecho de poder pagar el tratamiento que concedía la inmortalidad, controlábamos el mundo a nuestro antojo, jugando con los simples humanos inexperimentados que solo suponían para nosotros las herramientas para que nuestro mundo siguiese funcionando .

Estaba en nuestra mano crear un mundo donde se viviese mejor, donde la gente fuese feliz y donde grandes científicos, literatos, políticos o empresarios prolongasen su aportación eternamente...Pero la codicia y la sed de poder yace en todo ser, en una cámara asegurada desde dentro. Una vez sometes a la muerte, pierdes el título de humano.

Pronto el desequilibrio entre clases se convirtió en un abismo que separaba cielo e infierno. Los seres humanos nacían, servían a inmortales y luego morían. Pero como en toda lucha entre dioses y mortales, apareció un héroe. Un solo hombre, que una vez caminó entre nosotros, nos abandonó en deseos de terminar con el desequilibrio que habíamos creado. Nadie le tomó en serio.

Pronto el malestar, la desilusión y el agotamiento del pueblo se transformaron en ejércitos rebeldes que poco a poco fueron ganando terreno, inundando ciudades y finalmente derrocando gobiernos divinos. Sus ganas de vivir y nuestro miedo a morir de forma violenta solo podía suponer un fin.

Ya oigo acercarse mil voces que concentran todo el cansancio y disgusto de la humanidad. La sala retumba y la mesa de ébano se moja en lágrimas de los que una vez se creyeron dioses reflejando la palidez de sus rostros. Antes de poder volver la vista a la inmensa puerta de bronce, única entrada a nuestra estancia, un estremecedor estruendo anuncia su caída, las cristaleras se resquebrajan creando un suelo de punzantes baldosas, mis pies, decididos, se abren paso y la tiñen de rojo. Me asomo al abismo que me alzaba y separaba del mundo real y giro la cabeza hacia la puerta caída, entre el polvo, la sombra de un solo hombre.

Trato de llamar a la sombra por el nombre de mi hijo pero ya no lo recuerdo, me giro del todo para ver su rostro por última vez mientras los gritos de terror y de mis iguales se funden con

los de furia de los rebeldes que inundan la estancia, pero no importa. La tempestad se congrega en el cielo y el viento, como concediéndome un último deseo hace bailar las cortinas para arrojar luz de luna sobre la sombra dejando al descubierto las facciones de su cara, las facciones de una deidad. ¿Cuántas veces es feliz el hombre al borde de la muerte? Ojos mirad por última vez. Desde la última mansión de cristal, inicio la caída.